

## VIII

Decíme..., ¿vos sabés lo que es una ostra? El diccionario dice que es un molusco acéfalo, pero el mejillón dice que es una parienta que se da corte. ¿Y sabés qué digo yo? Que la ostra fue la protagonista de un hecho indignante y no castigado que ocurrió hace veinticuatro años. ¿Vos no te acordás? Yo sí me acuerdo. ¡No tendré estatura pero tengo memoria! ¡Vos tendrás más peso que yo pero más memoria no tenés! Porque hace 24 años alguien descubrió un banco de ostras que... ¿sabés dónde nacía? Cerca de Santa Cruz. ¿Y sabés dónde terminaba? ¡En Magallanes! ¡Un desfile monumental de moluscos acéfalos, kilómetros y kilómetros de ostras? Vos no comiste ninguna, ¿verdad? No. Yo tampoco. Ni vos ni yo comimos una sola de esas ostras. ¿Y sabés por qué no la comimos? Porque en cierto tratado que habíamos firmado con cierto país extranjero, ¿sabés qué cosa se había establecido? Que, entre otros artículos, ese país debía surtirnos de ostras. Claro, el hallazgo de aquel banco gigantesco hacía innecesaria la importación de ostras. ¿Para qué iban a ofrecernos y vendernos lo que ya teníamos? Hubiera sido como venderle naranjas al Paraguay o buscarle un complejo a Freud. Y, sin embargo, tan atados estábamos que las ostras siguieron llegando

del exterior. ¿Te acordás ahora? ¡Directivas que venían de afuera, hasta con las ostras! ¡Mandatos que venían de afuera, aunque vos y yo viviéramos adentro! Eran las órdenes humillantes que soportábamos sin abrir la ostra y sin ponernos en el alfiler de corbata la perla de nuestro legítimo destino. ¡Las órdenes que nos tiraban de boca en la miseria! ¿Qué te pasa? ¿Te asusta la palabra? ¿Te parece exagerada la palabra? ¡Miseria, sí! ¿O no te acordás que en este país tuyo, el más rico por sí mismo y el mejor dotado para un millón de aventuras comerciales, siempre había habido miseria? ¡Desde la miseria orgullosa de la pobre clase media, que para no ahogarse de vergüenza gastaba en hacerse planchar el cuello los centavos que le hubiesen pagado el café con leche, hasta la miseria del peón en las estancias o del obrero en las fábricas! Claro, vos no sabías esto. Vos nunca anduviste por las chacras o por los barrios. ¿Verdad que no?... ¿Y dónde andabas? ¿Por el corso? ¿O en el Colón? ¿O estabas bailando en la Lago di Como? ¡Claro! Por eso no te enteraste. Por eso no sabías que en el norte andino las criaturas —ángeles como tu hijo o como tu hermanito— crecían raquíticas y morían hambrientas, sin haber probado en su vida —mirá lo que te digo—, *en su vida*, ¡ni carne, ni pan, ni leche! Y esto pasaba aquí, en tu país. Te asombra, ¿verdad? Miseria del hombre allá lejos mientras en las islas del Tigre los consorcios tiraban la fruta al agua, convertían al arroyo en una correntada de duraznos. Porque la cosecha, desgraciadamente, había sido estupenda y entonces iban a bajar los precios. Esto pasaba antes, pero ahora... ¡Ahora te dieron la llave de la ostra! ¿Y entonces qué hacés que no la abris? ¡No, no tenés que golpear como en una puerta ajena para que el berberecho se asome y te diga si podés pasar! ¡Entrá, zozzo! Ahora no nos van a sacar nada si no nos conviene

o no queremos. ¡Ahora tenemos la llave de la ostra!  
¿Por qué no la abriste? ¿O vas a hacerme creer que preferís volver veinticuatro años atrás y recorrer con la cabeza gacha y a patacón por cuadra el banco que terminaba en Magallanes y había empezado en Santa Cruz?  
¡Vamos! ¿A mí me la vas a contar? ¡No, a mí no me la vas a contar!



## IX

Hoy tendría que empezar diciéndote: Acuso recibo de tu muy desatenta fechada el 10 del corriente. Sí, ayer recibí una carta tuya. Me di cuenta de que era tuya porque empezaba insultando. Y —detalle curioso, fijáte vos— el que insulta nunca tiene razón. Por eso insulta. Como el que grita. O el que pega. Me di cuenta de que era tuya, además, por que no traía firma alguna. Una carta anónima. Quien no tiene razón casi nunca firma. Y claro, ¿cómo se va a hacer responsable de una carta sin ninguna responsabilidad? Ni responsabilidad, ni razón, ni valentía. Esa mínima, esa elemental valentía que se necesita para afrontar una posición o para reconocer un error. Cicerón te hubiese perdonado. El error se perdona. Es humano. Pero es de torpes, dice, permanecer en el error. Y vos estás encima del error más tremendo, sentado en él y adherido con su pegalotodo. Y tirás piedras contra las vidrieras. Gritos contra los que pasan y cartas anónimas contra los que, como yo, sólo saben ofenderte con la verdad y los hechos. Tirás y —lógico— escondés la mano. Todos los ingredientes del resentimiento se mezclan en el magro pucherete de tu carta: la envidia, el rencor, la sinrazón, la injuria. Ingredientes que resumen una sola resultante: tu rabia. Una rabia de

pichicho que no puede morder su propia cola y entonces ladra de este modo: «Claro, vos hablás bien porque estás acomodado». Para vos todos los que comprenden que el país transita un destino de bienestar y de justicia están acomodados. ¿Y sabés una cosa? ¡Sí! Tenés razón. Francamente, mirá, estamos todos acomodados. Desde los pibes, para quienes se viene construyendo una escuela por día, para quienes se han organizado campeonatos deportivos y ahora no tienen que escabullirle el cuerpo al varita<sup>1</sup> porque hasta en las canchas de fútbol tienen su lugar de privilegio. Y también están acomodados los muchachos, aquellos que antes vendían diarios, que tienen ahora cientos de escuelas de enseñanza tecnic profesional y enseñanza universitaria gratuita. Y también se acomodaron los obreros, los laburantes de nuestra sufrida carga y la clase baja de tu irreflexiva soberbia, que aumentaron al triple sus jornales y lograron la dignificación del trabajo. ¿Te vas dando cuenta de que todos estamos acomodados? ¿Y qué me decís de los miles de viviendas que se han inaugurado en todo el país? ¿De los institutos de asistencia social, de los policlínicos y de todo lo realizado en favor de la población? Es brutal el acomodo. Se acomodó la salud y el bienestar general. ¿Has visto? Estamos todos acomodados. Todo el país. Todos menos vos están acomodados. Pero a mí, a mí no me vas a contar que no entraste en el beneficio de esta generala servida. ¡No, a mí no me la vas a contar!

<sup>1</sup> *Varita*: el vigilante. (N. del E.)

## X

Hay palabras que nos gustan y nos entregamos a ellas, inexplicablemente. A mí, por ejemplo, ¿sabés qué palabra me gusta? *Enfiteusis*. Yo no sé qué quiere decir enfiteusis —probablemente no lo sabré nunca—, pero la palabra me envuelve y me convence. A vos te gusta otra palabra. La palabra *opositor*. Sos opositor porque te enamora el título de opositor, porque te gusta que te llamen ¡opositor! Es la palabra. Para mí, enfiteusis. Para vos, opositor. Es una extraña especie de coquetería mental que te impulsa a cultivar un vocablo predilecto y que te impulsa a pensar contra el pensamiento de los demás. Yo te entendería si, para justificar ese término al que te entregás, me persuadieses con argumentos preciosos y razonables. Entonces le encontraría un significado a eso que vos llamás ¡oposición! Porque vos sos opositor, ¿pero opositor a qué? ¿Opositor por qué? La inmensa mayoría vive feliz y despreocupada y vos te quejás. La inmensa mayoría disfruta de una preciosa alegría ¡y vos estás triste! Nadie te quita ese melancólico derecho de estar triste. Vos sos dueño de administrar tu júbilo o tu pesimismo. ¡Pero no es justo que estés disgustado por la alegría de los demás, que te opongas al optimismo de los otros! Tu actitud de opositor víctima de una palabra seductora es

una especie de complejo del resentido. Porque existe en tu resentimiento una cuota enorme de rencor que te ves obligado a gastar con los demás o contra los demás. Entonces te subís por una palabra, y esa palabra es un palo enjabonado del que caés sin haber alcanzado la punta. Yo no digo que un gobierno lo haga todo bien. No es humano. Pero que no haga nada bien tampoco es humano. Vos barajás un mazo de argumentos y sacás una carta para jugarla; por ejemplo: la carestía de la vida. Llamás *carestía de la vida* al hecho de que valga quinientos pesos un traje que antes valía doscientos. ¿Pero te era fácil reunir esos doscientos? Vos decís que la vida está imposible porque el peceto ya no te cuesta un peso cincuenta; imposible, porque los diarios y los boletos del subte antes eran de diez y ahora son de veinte. ¡Mirá qué lástima! ¿Y cómo le llamás al hecho de que el empleado de comercio que hacía equilibrios con 50, 80 ó 100 pesos por mes gane 5, 8 ó 10 veces más? ¿Cómo le llamás al milagro del actor de teatro que ha saltado desde una retribución de 3 pesos por función —¡tres!— al regocijo actual de un sueldo mínimo de 850 pesos? ¿Cómo se llama el hecho de que un albañil, un periodista, una empaquetadora de tienda, un conductor de taxi, una dactilógrafa o un oficial frentista, que antes luchaban con las matemáticas para distribuir un sueldo sin ángulos, ahora lleguen a fin de mes no estirando angustiosamente el elástico del último peso sino con un remanente de comodidad? ¿Cómo decís? ¿Qué todo es otra cosa? Sí, bueno, será otra cosa, ¡pero ponéle nombre al menos! ¿Vos bautizás tus razones y no querés ponerle nombre a las mías? ¿Bautizás a todos tus hijos y querés que los míos sean naturales? ¡No, a mí no me la contás! Caéte del palo jabonado, abandoná la palabra que te cautiva y dejá que yo bautice mis razones con otra palabra que también me

enamora: *justicia*. O si no, ponéle *equilibrio social, evolución, conquista*. ¡Mirá, ponéle hache, pero no lo niegues! Te duele no tener razón y jugás en contra de los hechos. Se puede hacer gol pateando una pelota, pero vos pateás un adoquín y te vas a romper el pie. Entonces, ¿por qué no pensás antes de patear? Te propongo una cosa: Vamos a dejar de amar las palabras y empecemos a amar los hechos. ¿Sí? ¿Vamos? Ya está. Porque, mirá, a vos y a mí nos pasa lo mismo: nos gusta una palabra, y así como yo nunca sabré qué quiere decir *enfiteusis*, vos nunca sabrás exactamente qué quiere decir *oposición*. No, porque vos no lo sabés. Si lo supieses me lo habrías hecho entender. Porque yo no soy un burro, y, te juro, te he escuchado con toda mi buena fe y no te entiendo. Y si yo no te entiendo, ¿cómo me vas a hacer creer vos que te entendés a vos mismo? ¡Y no, viejito! He oído tantas de éstas en cincuenta años que ¡a mí no me la vas a contar!



## XI

Sí, bueno. Sí, pero es que vos no vas por los barrios, ¿verdad? ¡No! En cambio, yo sí que voy. Claro que voy. Sólo que estos que recorro ahora no son aquellos de antes. No, no creas que voy a hablarte en nombre de la nostalgia y que voy a evocar melancólicamente la zanja cargada de ramas impermeables, ni el potrero adonde íbamos a comer el huevito de gallo o el farol que apuntalaba las espaldas dramáticas del guapo. No, no; lo mío tiene otro sentido. ¿Sabés lo que es lo mío? Un viaje a través de la geografía arrabalera, un viaje que no pretende encontrar algo, sino al contrario: pretende... no encontrarlo. Y lo consigue. Claro, vos no me entendés. Por eso te lo digo ahora con las palabras más sencillas y razonables. Yo me meto en el barrio, corazón adentro, y, después de recorrerlo, te pregunto: ¿está el conventillo? ¡Y no, no está, claro que no está! ¿Me entendés ahora? Yo no quería encontrar más el conventillo, y no lo encuentro. Toda aquella miseria organizada fue barrida por otra organización. ¡La del amor! ¡¿Cómo?!, ¡¿qué a vos te gustaba más aquello?! No; puede ser que te gustase como elemento pintoresco, pero no como medio de tu propia vida. El suburbio de antes era lindo para leerlo, pero no para vivirlo. Porque a mí no me vas

a contar que preferías el charco a la vereda prolija y que te resultaba más entretenido el barro que el *portland*. No, a mí no me la vas a contar. Todos preferimos la comodidad, y acaso, en el momento de la letra de tango, hablemos literariamente del catre; pero llega el momento del descanso y cerramos el catre y dormimos en la cama, ¡no me digas que no! Y ahora mirá qué cama te tendieron para que duermas. Y más allá de tu cama y de tu sueño, no diré que está ni el rascacielo ni la mansión —¿qué falta que hace?—, pero está la casa tuya y no de todos. Es más linda o menos linda, pero ¡conventillo no es! Durante años y años los inquilinos del suburbio vivieron aquella comunidad absurda. La humillante comunidad del conventillo. Una oxidada sinfonía de latas. Toda una intimidad doméstica al aire, un verdadero festival para la profilaxis, ¡un mundo donde el tacho era un trofeo y la rata un animal doméstico! ¿Vos no te acordás? Yo sí me acuerdo. Ya te dije que no tendré estatura ni peso, pero memoria tengo. ¡Kilos de memoria, tengo! La pongo en el platillo, y la balanza viaja de golpe hacia la antigua miseria ahora suprimida. Porque la nueva conciencia argentina pensó una cosa. ¿Sabés que cosa? Pensó que los humildes también tenían derecho a vivir en una casa limpia y tranquila, no en la promiscuidad de un conventillo que transpiraba indignidad. ¡Fijáte qué pensamiento inesperado, mirá qué cosas se le fueron a ocurrir a esta nueva conciencia! Te habrá costado entenderlas, ¿no es cierto? Claro, vos sólo conocías tu casa confortable y tenías acerca del barrio una idea general y poética. Vos nunca te habías metido en el laberinto del inquilinato, en la prosa infamante de aquellas cuevas con la fila de los piletones, el curso de las cucarachas viajeras y las gentes apiladas no como personas sino como cosas. Vos sólo conocías al barrio de los tangos, cuando los tocaba

una orquesta vestida de *smoking*. Por eso no puede con-  
movertte como a mí este desfile de las casitas dignas, que  
hacen flamear la banderola roja de un techo, el trapo  
verde y fragante de los jardines bien cuidados. Yo te digo:  
¡Se terminaron los conventillos! Y esto, que es una noti-  
cia preciosa y tremenda, te resbala encima sin sorpren-  
derte ni emocionarte. Claro, no lo sabías. ¡Nunca se te  
ocurrió pensar en los otros! Pero ahora yo te lo cuento,  
¿y me vas a decir que en el fondo de tu nobleza no estás  
aprobando lo que te cuento? ¿No? ¡¡Sí!! ¡A mí no me la  
vas a contar!

